

Desde un tiempo a esta parte, en especial durante esta década, el descubrimiento del mercado durmiente del jazz, y en especial el jazz-funk, ha generado no pocos actos de algo parecido a la necrofagia. La recuperación y la reedición de diversos trabajos que habían sido descatalogados y, en general, olvidados se ha producido en muchos casos como consecuencia de la creación de opinión de los nuevos líderes de las músicas avanzadas dentro del pop. El gusto por los años oscuros y psicodélicos, junto a los más felices y edulcorantes del soul-funk, han acabado recuperando desde Roy Ayers o los Brothers Johnson hasta el Herbie Hancock eléctrico, y ahora los años de máximo furor eléctrico-vanguardista de Miles. En general, recuerdos aparte, me resulta siempre estimulante incrementar la libertad de elección y poder completar los agujeros de las discotecas domésticas, o las frágiles memorias del aficionado al pop más abierto. Por otro lado, no es nada nuevo que los gustos del *acid-jazz* o el *retro-funk* de Jamiroquai, Brand Nev Hesvies, James Taylor Quartet, y las pesadillas sonoras del *trip-hop* de Tricky, son todas elegantes -y a veces descaradas- revisitaciones de aquellos años de *psico-jazz-funk*.

En toda esta marea, Davis es probablemente el artista más sobrenombrado y vapuleado de todos. Lógico. No hay nadie más ni tan siquiera en la música pop -a excepción quizás de The Beatles y Jimi Hendrix- que se adelantara tanto a su tiempo y que haya influenciado tanto las llamadas nuevas olas independientes más bien áridas, por mucho que se esfuercen todos en ocultarlo. Claro, tanto Davis como Hendrix dominaron y condicionaron un período irreplicable, tan fértil como agotador en algunas de sus incursiones más experimentales.

Precisamente, uno de los niños terribles de la generación tecnológica -algo así como la *tape generation*: músicos, ingenieros y productores fascinados con las posibilidades del estudio de grabación como auténtica paleta de colores y formas- es el responsable del disco sacado al mercado bajo el título de *Panthalassa*: se trata de Bill Laswell. Un absoluto desconocido para muchos pero uno de los nombres más respetados en la industria y los circuitos entendidos. En realidad, un genuino innovador a la altura de gentes del pop como Trevor Horn o Brian Eno. Y este demiurgo ha tenido

PANTHALASSA:

The Music Of Miles Davis 1969-1974

¿FRAUDE O GENIALIDAD?

Michel Rolland
Fotografía: J.F. Laberine

no solamente la oportunidad de presenciar y compartir charlas con Miles acerca de sus inquietudes electrónicas, sobre cómo incorporar a su música los sonidos de su tiempo que eran -a priori- absolutamente ajenos al jazz, sino que ahora, bajo el consentimiento sacrílego de los amos del calabozo discográfico de Columbia Records, ha cometido el último (¿penúltimo?) asalto al legado de un artista R.I.P.

La cosa es y sólo se le puede llamar Megamix -es decir, en términos de un disc-jockey, aquella recopilación de temas mezclados sin pausa y que, manteniendo una cohesión rítmica, van dirigidos a la pista de baile-. Porque de eso es de lo que se trata en este inclasificable disco-homenaje-*trip-collage*. Una genial travesura, una tomadura de pelo escandalosa, o un *trip* psicodélico para habitaciones *chill-out*.

No se pueden encontrar otras razones que las meramente comerciales (¿será casualidad encontrarse involucrado en el asunto al zorro listo de Bob Belden?) en este desaguado, dirigido obviamente a un público ajeno al jazz y desconocedor de los tres trabajos en los que se opera y disecciona para la obtención de esta *suite ambient*. Me estoy refiriendo a *In A Silent Way* (1969), *On The Corner* (1972) y *Get Up With It* (1974).

Lo peor de este experimento es que se permite trocear, reciclar, comprimir, atmosfear

instantes de material conocido e inédito -o apagado en la mezcla originalmente publicada- de *In A Silent Way*, uno de los discos capitales del siglo XX. Y no podemos admitir el resultado como un trabajo de Miles. Esto está clarísimo incluso para los padres de la

criatura, ya que solamente se firma bajo ese nombre utópico salido del universo filosófico davisiano: *Panthalassa*.

Es indudable que en la grabación *infinita* las cintas del estudio grababan sin parar las sesiones de los músicos de *In A Silent Way* y quedó mucho material sin utilizar. La labor de corte y pega de Teo Macero fue fundamental en la forma final del disco. Y en ese sentido es sorprendente la mezcla que se realiza aquí del tema título del álbum, dando aún más presencia al dúo McLaughlin-Davis, lanzados después a *Sash-Peaceful*, en vez de *It's About That Time*. Interesante, sí, para ingenieros de mezclas y afines, pero para los aficionados y devotos de la obra maestra original todo es un coito interruptus cuando menos o una decapitación, para ser más precisos.

Lo mismo sucede con el resto del *trip*, por el que circulan trozos varios de *On The Corner* y *Get Up With It*, que por cierto son inencontrables desde hace mucho tiempo, aunque no es de extrañar que muy pronto aparezcan con algún *packaging* especial con que agitar las carteras inquietas de propios y ajenos. En cualquier caso, lo mejor de este producto es el *remix* realizado de *He Loved Him Madly*, el conocido homenaje de Miles a Ellington, que ha sido alejado aún más de los parámetros jazz para sumergirlo del todo en el *trip-hop* (aunque sin rap, claro).

La sensación al final de los 60 minutos del viaje conducido por Laswell es que los álbumes originales, controvertidos, difíciles y, en momentos, geniales no necesitaban de este jueguecito. Sin embargo, me hubiera gustado escuchar este mismo planteamiento reuniendo a algunos de los fabulosos músicos partici-

pantes en las sesiones originales, bajo la producción y dirección del geniecillo inquieto de Laswell, y pasando sobre esta misma selección de temas, incluso sobre la base de *medleys* -¡no megamixes!-. Hablaríamos entonces, resultados aparte, de riesgo creativo, involucración, esfuerzo artístico, no experimentación a la altura de la Señorita Pepis. Y lo que nos queda por aguantar todavía...

